bien recibido, y preguntándole qué era lo que tanto deseaba y pedía, respondió saber filosofía, que era lo que él estudiaba y no entendía. Y la Reina del cielo respondió tuviese buen ánimo y estudiase, que en aquella facultad seria grande hombre. Pero porque sepas, dice, que esto te viene de mí y no por tu ingenio ni habilidad, algunos días antes que mueras, leyendo públicamente se te olvidará cuanto supieres. Con esta visión quedó consolado, y desde este día aprovechó tanto en el estudio no solo de filosofía, sino también de teología y sagrada Escritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas. Y tres años antes de su muerte, estando leyendo en Colonia, perdió totalmente la memoria en cuanto lo que tocaba a ciencias, quedando como si en su vida no hubiera aprendido cosa alguna de estudios. Y por ventura fue esto también penitencia de la poca conformidad que había tenido en el talento y habilidad que Dios le había dado. Y acordándose de la visión que tuvo cuando quiso salirse de la religión, contó públicamente a los oyentes todo lo que había pasado, y así se despidió de ellos recogiéndose en su convento, empleándose todo en oración y contemplación.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevención necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de falta de ella nace toda esta dificultad; porque no podéis sufrir ser tenido por el más ruin estudiante del curso. Pues que si llegan, a deciros que no sois para

pasar adelante en los estudios, y veis a vuestros compañeros teólogos, y después letrados y predicadores menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto. Y lo mismo será menester para después de los estudios, que os vendrá tentación, porque no sois para tanto como otros; porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios y se haga caso de mí. Y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones: ¡oh si fuera yo estudiante! ¡oh si fuera sacerdote! ¡oh si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas! Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentación, que os ponga en peligro la vocación y aun la salvación, como ha puesto a algunos.

Doctrina es esta general, y cada uno la puede aplicar a sí conforme a su estado. Y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios, contentándose cada uno con el talento que Dios le ha dado y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser más de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado san Agustín sobre aquellas palabras del Salmista: «Inclina mi corazón a tus mandamientos y no a la avaricia[169]», dice que este fije el principio y raíz de todo nuestro mal. Porque quisieron ser nuestros primeros padres más de lo que Dios les hizo, y desearon tener más de lo que Dios les dio; por eso

---

169 Psalm. CXVIII, 36.

cayeron del estado que tenían, y perdieron lo que les había dado. Púsoles el demonio aquel cebo: «Seréis semejantes a Dios[170]»; con eso les engañó y derribó. Y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad y una locura y frenesí de querer ser más de lo que somos. Y como al demonio le fue tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos también guerra a nosotros por ese medio, incitándonos a que deseemos ser más de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que él nos ha dado ni con el estado en que nos ha puesto. Y por eso dice san Agustín, que pide a Dios el Profeta: Señor, dadme un corazón desinteresado e inclinado fielmente a vuestros gusto y voluntad, y no a mis intereses y comodidades. Por avaricia dice que se entiende allí todo género de interés, y no sola la codicia del dinero. Y esa es la que dice san Pablo que es la raíz de todos los males: Radix omnium malorum est cupiditas[171].

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposición, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, basta saber que esa es la voluntad de Dios. «Todas estas cosas obra solo uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere», dice san Pablo a los de Corinto[172]. Pone allí el

---

170 Genes. III, 5.
171 I Tim. VI, 10.
172 Cor. XII, 11.

Apóstol aquella metáfora que trajimos arriba a otro propósito del cuerpo humano, y dice, que así como puso Dios los miembros en el cuerpo a cada uno como quiso, y no se quejaron los pies porque no los hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos; así también en el cuerpo de la Iglesia puso Dios a cada uno en el puesto y oficio que él fue servido. Que no fue eso acaso, sino con particular acuerdo y providencia suya. Pues si quiere Dios que seáis pies, no es razón que vos queráis ser cabeza. Y si Dios quiere que seáis manos, no es razón que vos querais ser ojos. ¡Oh que son muy altos y muy profundos los juicios de Dios! ¿quién los podrá comprender? «¿Qué hombre podrá conocer los consejos de Dios[173]?» «Todas las cosas, Señor, proceden de tí, y por eso en todo debes ser loado: tú sabes lo que conviene darse a cada uno, y por qué tiene uno menos y otro más, no conviene a nosotros discernirlo[174]». ¿Que sabéis lo que fuera de vos, si tuviérais un gran ingenio y habilidad? ¿Que sabéis si tuviérais un gran talento de púlpito y fuérais muy oído y estimado, si os perdierais por ahí como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? «Los letrados, dice aquel Santo, huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales». Si con dos maravedís dio ingenio que tenéis, y con tres blancas de letras que sabéis; si con una medianía y por ventura menos que medianía, estais tan vano y tan ufano, que os esti-

173 Sap. IX, 13

174 Thomas a Kempis.

máis y os comparáis y preferís por ventura a otros, y os agraviáis porque no echan mano de vos para esto y para lo otro, ¿qué fuera con la excelencia? ¿Qué fuera si tuviérais unas partes raras y extraordinarias? Por su mal le nacen las alas a la hormiga, y así por ventura os nacieran a vos. Verdaderamente si tuviéramos no antojos sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias a Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidades, y decir con aquel Santo:

«Por gran beneficio tengo, Señor, no tener muchas cosas de las cuales se me siga en lo de fuera loor y honra ante los hombres». Los Santos conocían muy bien el grande peligro que hay en esas ventajas y excelencias; y así no sólo no las deseaban, sino temíalas por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y perderse. En la altura del día temeré[175]», y con eso agradaban más a Dios, el cual quiere a sus siervos más humildes que grandes. ¡Oh si acabásemos de caer en la cuenta que todo es burla, sino hacer la voluntad de Dios! ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios! Si vos sin letras, y vos con menos letras y habilidad contentáis más a Dios, ¿para qué queréis letras? ¿Y para qué queréis vos más letras, y más habilidad y más talento? Si para algo lo habíais de querer era para contentar y servir más a Dios con ello. Pues si Dios se sirve más en que

175 Psalm. LV. 4.

no tengáis letras, o en que no tengáis más letras, ni más talento ni Habilidad como es cierto que se sirve, pues él es el que hizo ese repartimiento; ¿de qué hay que tener pena? ¿Para qué habéis de querer ser lo que Dios no quiere que seáis, y lo que no os conviene que seáis? Que no agradaron a Dios los sacrificios grandes que Saul le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme a su voluntad; así tampoco agradarán a Dios esos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien ni nuestro aprovechamiento y perfección en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en tener grandes partes y talentos, ni en entender en cosas altas y subidas; sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que él nos ha encomendado, y en emplear bien el talento que nos ha dado. Y así en esto habemos de poner los ojos, y no en nosotros, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparación para declarar esto la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personaje que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho. Y así si representa mejor el que hace la persona del villano, que el que hace la del emperador, aquel sale más estimado y alabado de los circunstantes, y más bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representación y comedia que se acaba presto, y plegue a Dios no sea tragedia), no es el personaje que representamos, uno de superior, otro de

predicador, otro de sacristán, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personaje. Y así, si el coadjuntor hace bien su oficio, y representa mejor su personaje que el predicador o el superior el suyo, será más estimado delante de Dios, y más premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona del rey, y representando la persona del escudero o pastor ganó honra y llevó el premio. Así también por ventura no supierais vos representar bien la persona de predicador o superior, y representáis bien la persona del confesor, y vos la de coadjuntor; sabe Dios repartir muy bien los dichos y dar a cada uno el personaje que le conviene. Conforme al caudal y fuerzas de cada uno», dice el sagrado Evangelio[176], que repartió el Señor los talentos. Por tanto nadie tenga deseo de otro personaje, ni de otro talento; sino procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido, y dar buena cuenta de él; porque de esa manera agradará más a Dios, y recibirá mayor premio.

176 Matth. XXV, 15.

CAPÍTULO XVI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.

Así como la salud es don de Dios, así también lo es la enfermedad, la cual nos envía el Señor para nuestra prueba, y corrección, y enmienda, y para otros muchos bienes y provechos que se suelen seguir de ella; como es conocer nuestra flaqueza, desengañarnos de nuestra vanidad, despegarnos del amor de las cosas de la tierra, y de los apetitos de la sensualidad, adelgazar los bríos y fuerzas de nuestro mayor enemigo que es la carne; acordarnos que no es esta nuestra patria, sino una como venta, donde andamos desterrados, y otras cosas semejantes: Por lo cual dijo el Sabio: «La enfermedad grave hace templada y fuerte al alma[177]». Y así habemos de estar tan conformes con la voluntad de Dios en la enfermedad, como en la salud, aceptándola como venida de la mano de Dios nuestro Señor cuando él fuere servido de enviárnosla. Decía uno de aquellos Padres antiguos a un discípulo suyo que estaba enfermo: Hijo, no te entristezcas con la enfermedad, antes da muchas gracias a Dios por ella; porque si eres hierro con el fuego perderás el orin; y si eres oro con el fuego quedarás probado. Gran virtud es, dice, y gran religión hacer gracias a Dios en la enfermedad.

177 Eccli. XXXI, 2.

De la bienaventurada santa Clara cuenta Surio en su vida que estuvo enferma veinte y ocho años de graves emfermedades, y fue su paciencia tan grande que en todos ellos nunca la sintieron quejarse, ni murmurar de su gran trabajo, antes siempre daba gracias al Señor. Y en su última enfermedad, como estuviese tan trabajada que en diez y siete días no pudo comer bocado, consolándola su confesor Fr. Reinaldo, y exhortándola a tener paciencia en tan largo martirio de tantas enfermedades respondió ella: Después que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por su santo siervo Francisco, ninguna enfermedad me fue dura, ninguna pena molesta, y ninguna penitencia pesada. Admirable es también a este propósito, y de rarísimo ejemplo, y que dará mucho ánimo y consuelo a los enfermos, la vida de Liduvina virgen, la cual estuvo treinta y ocho años continuos con gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores; los treinta sin poderse levantar de una pobre camilla, ni tocar al suelo con sus pies; y allí le hacia el Señor grandísimas mercedes[178].

Pero porque se nos suelen ofrecer algunas razones particulares con color y apariencia de mayor bien, para impedir esta indiferencia y conformidad, iremos respondiendo y satisfaciendo a ellas. Cuanto a lo primero, podrá decir alguno: «por mi no se me diera mas estar enfermo que sano; pero, lo que siento es, pare-

178 Surio, tom. VII, fol. 277.

cerme que soy carga a la religión, y que doy pesadumbre en casa». A esto digo, que eso es juzgar a los superiores y a los de casa de poca caridad y de poca conformidad con la voluntad de Dios. También los superiores tratan de perfección, y de tomar todas las cosas como venidas de la mano del Señor, y conformarse en ellas con su divina voluntad; y así si Dios quiere que vos estéis enfermo, y que se ocupen en curaros y regalaros, también lo querrán ellos. Y como vos lleváis la cruz que Dios os da, llevarán ellos la que les cupiere con mucha conformidad.

Pero diréis: en eso bien veo la caridad grande que se usa en la religión: lo que me da pena no es sino el fruto que pudiera hacer estudiando, predicando o confesando, y la falta que se hace por estar enfermo. A esto responde muy bien san Agustín: dice, que habernos de considerar que nosotros no sabemos si será mejor hacer aquello que querríamos o dejarlo de hacer, y así habemos de trazar y ordenar las cosas conforme a nuestra capacidad; y si después las pudiéremos hacer de la manera que nosotros las trazamos, no nos habemos de holgar porque se hizo lo que nosotros pensamos y quisimos; sino porque el Señor quiso que así se hiciese. Y si sucediese no venir a efecto lo que nosotros pensábamos y trazábamos, no por eso nos habemos de turbar y perder la paz. Porque «más razón es que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra». Y concluye el glorioso san Agustín sentencia admirable: Aquel ordena y traza

mejor sus cosas, que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él había trazado y pensado[179]». Pues de esta manera, y con esta indiferencia habemos de trazar y ordenar nosotros lo que habemos de hacer, que estemos siempre muy dispuestos para conformarnos con la voluntad de Dios, si acaso no viniere a efecto. Y así no nos turbaremos ni entristeceremos, cuando por enfermedad o por otra causa semejante no pudiéremos hacer lo que pensábamos y teníamos ya trazado, aunque las cosas en sí sean de mucho provecho para las almas. Dice muy bien el Padre maestro Avila[180], escribiendo a un sacerdote enfermo: «No tanteeis lo que hicierais estando sano, mas cuanto agradaréis al Señor contentaros de estar enfermo; y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?»

San Crisóstomo dice que más mereció y agradó a Dios el santo Job en aquel: «Como fue del agrado del Señor, así se ha hecho; bendito sea su santo nombre[181]», conformándose con su voluntad en aquellos trabajos y lepra que le envió, que en cuantas limosnas y bienes hizo estando sano y rico. Pues de la misma manera, más agradaréis vos a Dios en conformaros con su vo-

179 Lib. de catechiz. rud. e. 14.
180 Cartas, t. II.
181 Job, I, 21.

luntad estando enfermo que en cuanto pudierais hacer estando sano. Lo mismo dice san Buenaventura[182]: Más perfección es llevar con paciencia y conformidad los trabajos y adversidades, que entender en obras muy buenas;» que no tiene Dios necesidad de mí, ni de vos para hacer el fruto que él quisiere en su Iglesia. Dije al Señor: Vos sois mi Dios, por cuanto no tenéis necesidad de mis bienes[183]». Ahora quiere él predicaros a vos con la enfermedad, y que aprendáis a tener paciencia y humildad: dejad hacer a Dios, que él sabe lo que más conviene, y vos no lo sabéis. Si para algo habíamos de desear la salud y las fuerzas, era para emplearlas en servir y agradar más a Dios. Pues si el Señor se sirve y agrada más en que yo me emplee en estar enfermo, y en llevar con paciencia los trabajos de la enfermedad; hágase su voluntad, que eso es lo mejor, y lo que más me conviene a mí. Al apóstol san Pablo, predicador de las gentes, permitió el Señor que estuviese dos años preso, y en aquel tiempo tan necesitado de la primitiva Iglesia[184]. No se os haga a vos mucho que os tenga Dios preso con la enfermedad dos meses y dos años, y toda la vida si él fuere servido, que no sois tan necesario en la Iglesia de Dios como el apóstol san Pablo.

A algunos se les suele poner delante, cuando tienen enfermedades y achaques largos y continuos, el

---

182 De gradib. virtutum, cap. 24.
183 Psalm. XV, 2.
184 Act. XXVIII, 30.

no poder seguir la comunidad[185], y haber de ser singulares en muchas cosas; y desconsuélase de esto, pareciéndoles o que no son tan religiosos como los otros, o a lo menos que se podrán desedificar los demás, viendo sus particularidades y regalo: especialmente, que algunas veces la enfermedad y necesidad que uno tiene no se echa tanto de ver por defuera, sino que sólo Dios y el enfermo saben lo que padece; y esas singularidades y exenciones échanse mucho de ver. A esto digo, que este es muy buen respeto y muy justo sentimiento, y es de loar el tenerle. Pero no ha de quitar eso la conformidad con la voluntad de Dios en la enfermedad; sino doblar el merecimiento, conformandoos por una parte enteramente con la voluntad de Dios, en todas vuestras indisposiciones y achaques, pues él quiere que los padezcáis, y por otra teniendo gran deseo, cuanto es de vuestra parte, de seguir todos los ejercicios de la religión con mucha puntualidad y exacción, y sintiendo en vuestro corazón el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera, fuera de lo que merecéis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad, podéis merecer también en esto segundo tanto como los demás que están sanos y buenos, y hacen todos esos ejercicios.

San Agustín en el sermón LXII de Tempore, tratando de la obligación que todos tenían a ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal, y viniendo a

185 Lo mismo tiene en las familias no poder seguir el tren de los demás.

tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice: A este bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazón, gimiendo y suspirando, porque ayunando los demás él no puede ayunar: como el valiente soldado que trayéndole al real herido, siente más el no poder pelear, ni señalarse en servicio de su rey, que el dolor de las heridas y de la cura rigurosa que le hacen. Así es de buenos religiosos, cuando están enfermos, sentir más el no poder andar con la comunidad ni hacer los ejercicios de la religión, que la misma enfermedad. Pero al fin, ni eso, ni otra cosa alguna, nos ha de quitar el conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermedad, aceptándola como enviada de su mano, para mayor gloria suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado san Jerónimo[186] cuenta, que pidiendo un monje al santo abad Juan Egipcio que le sanase de una enfermedad y calentura grave que tenia, respondió el Santo: «Quieres echar de tí una cosa que te es muy necesaria; porque así como la inmundicia y suciedad de las cosas corporales se quita con jabón o lejía fuerte o con otras cosas semejantes; así las almas se purifican con las enfermedades y trabajos».

186 In vitis Patrum.

CAPÍTULO XVII.

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios: y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino también en todas las cosas que suelen suceder en ella.

Lo que se ha dicho de la enfermedad, se ha también de entender de las demás cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio[187] da una doctrina muy buena para cuando estamos enfermos. Dice, que de tal manera habemos de usar de los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso: de lo cual reprende la sagrada Escritura al rey Asa. «Ni aun en su enfermedad buscó al Señor, sino que confío más en la ciencia de los Médicos[188]». No habemos de atribuir a eso toda la causa de sanar o no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas y otras no. Y así cuando nos faltare el médico y la medicina, dice san Basilio, que tampoco habemos de desconfiar por eso de la salud. Porque así como leemos en el sagrado Evangelio, que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como a aquel leproso que le pidió: «Señor, si queréis

187 In regul. fusius dispust. 55.
188 II Par. XVI, 42.

podeisme limpiar[189]»; y le respondió: *Volo, mundare*: «Quiero: sé limpió»; otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego, y le mandó que se fuese a lavar a la Natatoria o fuente de Siloé[190]; otras veces dejaba a los enfermos en sus enfermedades, y no quería que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y, medicinas; así también ahora, unas veces da Dios, la salud sin médicos ni medicinas por sola su voluntad; otras la da por medio de esas medicinas: otras veces aunque consulte uno muchos médicos, y le apliquen grandes remedios no quiere Dios darle salud; para que aprendamos con esto a no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios. Así como el rey Ezequías[191] no atribuyó su salud a la masa de higos que Isaías puso sobre su llaga, sino a Dios; así vos cuando sanáreis de la enfermedad no habéis de atribuir la salud a los médicos ni a las medicinas sino a Dios, que es el que sana todas nuestras enfermedades: «Que no son las yerbas, ni los emplastos los que sanan, sino Dios[192]». Y cuando no sanáreis, tampoco os habéis de quejar de los médicos, ni de las medicinas, sino habeislo también de atribuir todo a Dios, que no quiere daros salud, sino que estéis enfermo.

De la misma manera cuando el médico no conoció la enfermedad o erró la cura , que es cosa que aconte-

189 Matth. VIII, 2.
190 Joan. IX, 11.
191 IV Reg. XX, 7.
192 Sap. XVI, 12.

ce hartas veces, aun a los muy grandes médicos y en grandes personajes, habéis de tomar aquel yerro por acierto de Dios; y también el descuido y falta que os hace el enfermero. Y así no habéis de decir que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tornó la calentura, sino tomarlo todo como venido de la mano de Dios, y decir: el Señor ha sido servido que me creciese la calentura y que me y viniese tal accidente. Porque cierta cosa es que aunque respecto de los que os curan, eso haya sido yerro , pero respecto de Dios no fue sino acierto, porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensáis que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al santo Tobías fue acaso[193]? no fue sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en él como en el santo Job; y así lo dice la Escritura divina: El Señor permitió que le sobreviniese esta tentación, para que tuvieran los venideros un ejemplar de paciencia, como ya lo tenían en el santo Job[194]». «Y el Ángel le dijo después: Como eras agradable al Señor fue preciso que te probase la tentación[195]»: para probarte ha permitido Dios esta tentación.

En las vidas de los Padres se cuenta del abad Estéfano[196], que estando enfermo quiso su compañero hacerle una tortilla, y pensando que la hacia con buen aceite, la hizo con aceite de linaza, que es muy amar-

---

193 Tob. II, 12.
194 Ibid, XII, 13.
195 Ibid.
196 Apud Doroth. doct. 7.

go, y diósela; Estéfano como lo sintió, comió un poco, y calló. Otra vez le hizo otra de la misma manera y como la gustase y no la quisiese comer, díjole el hermano: come, Padre, que está muy buena, y probóla él para incitarle a comer, y como sintiese el amargor, comenzó a fatigarse y a decir: homicida soy. Y díjole Estéfano: no te turbes, hijo, que si Dios quisiera que no erraras en tomar un aceite por otro, no lo hicieras. Y de otros muchos Santos leemos, que tomaban con mucha conformidad y paciencia los remedios que les hacían, aunque fuesen contrarios a lo que pedía su enfermedad. Pues de esta manera habemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, así del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno, ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno; y así edifica grandemente un enfermo que toma todo lo que se le ofrece con igualdad y alegría, como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose del todo de sí. Dice san Bailio[197]: habéis fiado vuestra alma del superior; ¿por qué no fiaréis vuestro cuerpo? habéis puesto en sus manos la salud eterna, ¿porqué no pondréis también la temporal? Y pues la regla nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo y nos lo manda, habíamoslo de estimar en mucho, y ayudarnos de tan

197 In regul. fusius disputat. regul. 48

provechosa licencia. Y por el contrario desedifica mucho el enfermo, cuando tiene mucho cuidado de sí, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar y cómo se lo han de dar, y si le acuden a punto, y si no, se sabe bien quejar y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano[198]: La enfermedad del cuerpo no es impedimento para la paridad del corazón, sino antes ayuda si uno la sabe tomar como debe; pero guardaos, dice, no pase la enfermedad del cuerpo al alma. Y si uno se ha de esa manera, y toma ocasión de la enfermedad para hacer su voluntad, y no ser obediente y rendido: entonces pasará la enfermedad al alma, y hará que le dé al superior más cuidado la enfermedad espiritual que la corporal. Por estar enfermo no por eso ha uno de dejar de parecer religioso, ni pensar que ya no hay regla para él; y que puede poner todo el cuidado en su salud y regalo, y olvidarse de su aprovechamiento. «El enfermo, dice nuestro santo Padre[199], mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad, que en el tiempo de su entera salud». San Crisóstomo sobre aquellas palabras del Profeta: «Nos has coronado, Señor, de tu buena voluntad como con escudo[200]», tratando como mientras dura esta vida siempre hay pelea y así siempre habemos de andar armados para ella, dice: «El

198 Lib. V de institut. renuntiantium, c.8.
199 Regul. 50 summarii.
200 Psalm. V, 13.

tiempo de la enfermedad es muy propio tiempo de estar muy armados, y muy apercibidos para pelear, cuando por una parte los dolores nos turban y la tristeza nos cerca, y el demonio, tomando de esto ocasión, nos incita a que hablemos con impaciencia, y nos quejemos demasiado»; y así entonces habemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun allá dijo Séneca, ep. 78, que el varón fuerte tan bien tiene en qué ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo peleando contra los enemigos: porque la principal parte de la fortaleza es sufrir, más que acometer. Y así dijo el Sabio, que es mejor el varon paciente que el fuerte: «Mejor es el sufrido que el hombre fuerte; y el que domina su corazón que el expugnador de ciudades[201]».

CAPÍTULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

De la santa virgen Gertrudis se lee[202] que le apareció una vez Cristo nuestro Redentor, que traía en su mano derecha la salud, y en la siniestra la enfermedad, y le dijo que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: Lo que yo, Señor, deseo de todo corazón es,

---

201 Prov. XVI, 32.
202 Apud Blos. cap. 11 Monil. spirit.

que no mireis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.

De un devoto de santo Tomás Cantuariense se cuenta[203], que estando enfermo, fue al sepulcro del Santo a pedirle que rogase a Dios le diese salud. Alcanzóla, y viniendo sano a su tierra, púsose a pensar entre sí, que si le convenía la enfermedad para su salvación, ¿para qué quería la salud? Hízole tanta fuerza esta razón, que volvió otra vez al sepulcro, y rogó al Santo que pidiese a Dios le diese lo que más le convenía para su salvación. Volvióle Dios la enfermedad, y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que más le convenía.

Surio, en la vida de san Bedasto obispo, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que el día de la traslación del cuerpo de este santo Obispo deseó mucho ver sus santas reliquias, y por consiguiente tener vista para verlas; alcanzóla de Nuestro Señor, y vio lo que deseaba. Y viéndose con vista volvió a orar, que si aquella vista no le convenía para el bien de su alma, que le volviese la ceguedad; y hecha esta oración quedó ciego como de primero.

Cuenta san Jerónimo, en su carta a Castrucio ciego, que como san Antonio Abad fuese llamado de san Atanasio obispo a la ciudad de Alejandría, para que le ayudase a confutar y extirpar las herejías que allí había, Dídimo, que era un varon eruditísimo, pero ciego

203 Marulus, lib. V, cap. 4.

de los ojos del cuerpo, trató con san Antonio muchas cosas de las sagradas Escrituras de tal manera, que estaba el Santo admirado de su ingenio y sabiduría. Y después de haber tratado de esas cosas, preguntándole si estaba triste por estar ciego. El callaba y no se atrevía a responder de vergüenza: finalmente, preguntándole segunda y tercera vez confesó llanamente que sentía tristeza de ello. Entonces díjole el Santo: Maravíllome que un varon tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener aquello que tienen las moscas, y las hormigas y gusanillos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que solos los Santos y Apóstoles merecieron tener. De lo cual se ve, dice san Jerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la parte primera, lib. 1, c. 49, de la historia de la órden de santo Domingo, cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo, que viviendo santo Domingo en Roma, visitaba a una mujer afligida., enferma, emparedada, y muy gran sierva de Dios, que se había recogido en una torre, a la puerta de San Juan de Letrán, y solía el bendito Padre confesarla muchas veces, y administrarle el santísimo Sacramento. Llamábase la mujer Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena la enseñaba Dios a tener alegría en los trabajos, y descanso en la muerte. Padecía una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenía ya encancerados y llenos de gusanos, de manera que para cualquier otra persona fuera tormento insufrible, pero no para ella

que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla santo Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un día después de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona, y el Santo vio la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasión; pero más deseo de sus llagas, que de los tesoros de la tierra, y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele, si primero no le prometía devolvérselo; porque ya venía a holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía en el suelo lo volvía a poner en su lugar. Y así sobre su palabra se le dio, que era bien crecido, y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el Santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes admirados decían a su Padre, que no se la volviese, y la enferma pidiendo su gusano decía, que le volviesen su perla; más en dándosela, tornó a volverse en la forma que tenia de gusano, y la mujer le puso en sus pechos, donde se había criado y criaba. Y santo Domingo haciendo oración por ella, y echándole su bendición con la señal de la cruz, la dejó y se fue. Pero bajando la escalera de la torre, se le cayeron a la mujer los pechos cancerados con los gusanos, y poco a poco fue creciendo la carne, y en breves días fue del todo sana, contando a todos las maravillas que Dios obraba por su siervo.

En la misma historia, parte primera, libro 1, c. 33 , se cuenta que tratando Fr. Reginaldo con santo Domingo de tomar el hábito de su religión, y estando ya determinado de hacerlo, cayó en la cama de una fiebre continua y al parecer de los médicos mortal. El Padre santo Domingo tomó muy a pechos su salud, y hacia por ella continua oración a Dios nuestro Señor; y así el enfermo, como él, llamaban a Nuestra Señora en su ayuda con mucha devoción y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta petición, entró por el aposento de Reginaldo la sacratísima Reina del cielo Nuestra Señora con una claridad y resplandor por todo extremo celestial y maravillosa, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran santa Cecilia y santa Catalina mártires, las cuales llegaron con la soberana Señora a la cama del enfermo, a quien ella, como soberana Reina y madre de piedad consoló, y dijo: ¿qué quieres que haga yo por tí? Ya vengo a ver lo que pides: dímelo y dársete ha. Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial visión, dudaba de lo que convenía, hacer o decir; mas una de aquellas santas que con Nuestra Señora venían le sacó presto de este cuidado, diciendo: Hermano, no pidas cosa, déjale todo en sus manos, que muy mejor sabe dar, que tú pedir. El enfermo siguió este consejo, como tan discreto y avisado; y así respondió a la Virgen: Señora, no pido nada, no tengo más voluntad que la vuestra: en ella y en vúestras manos me pongo. Extendiólas entonces la sagrada Virgen, y tomando del

óleo que traían para este efecto aquellas sus criadas, ungió a Reginaldo de la manera que se suele dar la Extremaunción. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura, y tan convalecido de fuerzas corporales, como si nunca hubiera estado enfermo; y lo que más es, que con aquella soberana merced se le hizo otra mayor en la virtud del alma, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual ni deshonesto en su persona en todos los días de su vida, en ningún tiempo, ni lugar, ni ocasión.

En la historia Eclesiástica, parte segunda, libro VI, c. 2, se cuenta que entre los varones que en aquel tiempo florecieron, era muy esclarecido Benjamín, que tenía don de Dios para sanar los enfermos sin otra medicina, con solo el tacto de su mano, o ungiéndolos con un poco de aceite, y haciendo oración sobre ellos. Y con esta gracia de sanar a otros, tuvo él grave dolencia de hidropesía, de la cual se hinchó tanto, que no podía salir por la puerta de su celda, si no desquiciaban las puertas. Y así estuvo dentro de ella ocho meses, hasta que murió sentado en una silla muy ancha, donde curó muchas enfermedades, sin quejarse, ni entristecerse porque no podía dar remedio a la suya. Y a los que le habían lástima, consolaba y decía: Rogad a Dios por mi alma, y de mi cuerpo no curéis, que aun cuando estaba sano, de ninguna cosa me servía.

En el Prado Espiritual , c. 10, se cuenta de un monje llamado Bernabé, que como en cierto camino se

hincase un palillo por el pie, no se le quiso quitar por algunos días, ni ser curado de la herida, por tener como padecer algún dolor por amor de Dios. Y dícese que decía a los que le visitaban: Cuanto el hombre exterior más padece y se mortifica, tanto más el hombre interior se vivifica y fortalece.

En la vida de san Pacomio, cuenta Surio de un monje llamado Zaqueo, que con estar enfermo de gota coral, no por eso remitía un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia, que era solamente pan con sal, ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbraban los otros monjes sanos, acudiendo a maitines y a las demás horas, y lo restante del tiempo en que cesaba de orar, se ocupaba en hacer esteras, espuertas y sogas. Y con la aspereza del esparto, de que las tejía, tenía las manos tan lastimadas, que le corría siempre sangre de las grietas; lo cual hacia por no estar ocioso, y a la noche antes de dormir tenía por costumbre de meditar algunas cosas de la sagrada Escritura, y luego hacer la señal de la cruz sobre su cuerpo; y esto hecho, descansaba hasta hora de maitines, a los cuales, como se ha dicho, se levantaba permaneciendo en ellos y en oración hasta que era de día. Este era el repartimiento del tiempo de este santo enfermo, y estos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir a él un monje, el cual viéndole tan lastimadas las manos, le dijo que se las untase con aceite, y no sentiría tantos dolores con las aberturas. Hízolo así Zaqueo, y no sólo no se le mitigó el dolor, pero se le

acrecentó mucho más. Y viniendo después a ver a san Pacomio, y contándole lo que había hecho, díjole el Santo: ¿Pensabas, hijo, que no ve Dios todas nuestras enfermedades, y que si es servido no las puede sanar? Pues el no hacerlo así, sino permitir que padezcamos dolores hasta que él sea servido, ¿para qué piensas que lo hace sino para que le dejemos a él todo el cuidado de nosotros, y pongamos solamente en él toda nuestra confianza, y también para bien y provecho de nuestras almas, para podernos después acrecentar la paga y premio eterno por estos breves trabajos que el nos envía? Compungióse mucho con esto Zaqueo, y díjole: Perdóname, Padre, y ruega a Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios, y deseo de sanar. E yéndose Pacomio, en penitencia de culpa tan leve ayunó todo un año, con ayuno tan rígido que no comía sino de dos a dos días, y entonces muy poco y llorando. Este ejemplo tan notable solía contar después el gran Pacomio a sus monjes, para amonestarles a la perseverancia en el trabajo, y la confianza en Dios, y el reparar en faltas pequeñas.

CAPÍTULO XIX.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.

También habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, así para morir, como para vivir; y aunque esto del morir de suyo es muy dificultoso, porque como dice el Filósofo[204]: «La muerte es la cosa más terrible de todas las cosas humanas». Pero en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad; porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo. Porque cuanto a lo primero, una de las cosas porque a los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir y les da pena que llegue aquella hora, es, porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenían en esta vida, los amigos, los parientes, y el otro la mujer, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando no quedan remediados. Todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo; y así no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las encías, con facilidad se saca; pero si la queréis sacar sin descarnarla, causaros ha mucho dolor. Así al religioso que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele a la hora de la muerte el

204 III Ethicorum, cap. 6.

dejarlas; porque ya las dejó él de su voluntad y con gran merecimiento, cuando entró en la religión, y no aguardó a dejarlas a la hora de la muerte como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar, aunque ellos no quieran; y con grande dolor y pena, y muchas veces sin merecimiento alguno; porque más dejan ellas a sus poseedores que ellos a ellas. Y este es uno de los frutos que entre otros muchos tiene el dejar el mundo, y entrar en religión, como nota muy bien san Crisóstomo[205], que a los que están en el mundo muy casados con la hacienda, entretenimientos y regalos de esta vida, les es muy penosa la muerte, conforme a aquello del Sabio: «0 muerte ¡cuán amarga es tu memoria para el hombre que tiene el corazón pegado a sus bienes[206]!» Si la memoria de la muerte les es muy amarga, ¿qué será la presencia? Si pensada es amarga, ¿qué será gustada? Pero al religioso que haya dejado todas esas cosas, no le es amarga la muerte, sino antes muy alegre y gustosa, como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien va a recibir el premio y galardón de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal que suele dar más pena en aquella hora a los del mundo, y ser causa que se les haga la muerte terrible y horrible, dice san Ambrosio[207], que es la mala conciencia y falta de disposición. Lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso, por-

---

205 Homil. XIV in I Tim.
206 Eccli. XLi, 1.
207 De bono mortis, cap. 8.

que toda su vida es una continua preparación y disposición para bien morir. Cuéntase de un santo religioso que como el médico le dijese que se preparase para morir, respondió él : Después que tomé el hábito, no he hecho otra cosa sino prepararme para eso. Este es el ejercicio del religioso. El mismo estado de la religión nos instruye en la disposición que quiere Cristo nuestro Redentor que tengamos para su venida: «Tened ceñidos los lomos, y candelas encendidas en vuestras manos[208]». Dice san Gregorio[209], que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas encendidas en las manos denota el ejercicio de las buenas obras; las cuales dos cosas resplandecen principalmente en el estado de la religión; y así el buen religioso no tiene que temer la muerte.

Y nótese aquí una cosa, que ayudará a nuestro propósito, y la tocamos arriba[210], y es, que una de las buenas señales que hay de tener uno buena conciencia, y andar bien con Dios es, estar muy conforme con su divina voluntad en lo que toca a la hora de su muerte, y estarla esperando con grande alegría, como quien espera su esposo, para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales. Y vosotros sed semejantes a los hombres, que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas[211]». Y por el contrario, el pesarle a uno mucho con la muerte y no tener esta conformidad, no es buena

---

208 Luc. XII, 35.
209 Hom, XIII in Evang.
210 En el trat. II, cap. 5.
211 Luc. XII, 36

señal. Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego va la oveja al matadero sin dar un balido, ni hacer resistencia alguna? que es el ejemplo que trae la sagrada Escritura de Cristo nuestro Redentor: Como oveja será llevado al matadero[212]». Pero el animal inmundo, ¿qué hace de gruñir, y de resistir cuando le quieren matar? Pues esa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales, que son significados por esos otros animales. El que está sentenciado a muerte, cada vez que oye abrir la cárcel se entristece, pensando que le quieren ya sacar a ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pensando que le vienen a echar fuera. Así el malo cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho, porque como tiene llagada la conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás. Pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre. Pues hagamos nosotros lo que debemos a buenos religiosos (cristianos), y no sólo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgaremos, y pediremos a Dios con el Profeta que nos saque de esta cárcel: «Saca mi alma de la prisión[213]».

---

212 Isai, LIII, 8.

213 Psalm. CXLI, 8.

San Gregorio en el lib. 6 de sus Morales, capítulo 16, sobre aquello de Job: «No temerás las bestias de la tierra[214], dice: Comúnmente los justos comienzan ya en su muerte a recibir un principio de la paga que les espera, en la tranquilidad y seguridad de espíritu que se les concede». El tener a la hora de la muerte esta alegría, y esta paz y seguridad de conciencia, dice que es principio del galardón de los justos. Comienzan ya a gozar una gotica de aquella paz, que como río caudaloso ha de entrar luego en sus almas: y ya comienzan a sentir su bienaventuranza. Y al contrario, los malos comienzan a sentir su tormento y su infierno, con aquel temor y remordimiento que comienzan a sentir en aquella hora.

De manera que el desear la muerte, y holgarse con ella, es muy buena señal. Dice san Juan Clímaco, en el cap. 6: Muy loable es aquel que todos los días espera la muerte; mas aquel es santo, que todas las horas la desea. Y san Ambrosio[215] alaba a los que tienen deseo de morir. Y así vemos que aquellos santos Patriarcas antiguos tenían este deseo, ateniéndose por peregrinos y huéspedes en la tierra», no por moradores de asiento. Y como nota muy bien el apóstol san Pablo: «En esto daban bien a entender que estaban deseando salir de este destierro[216]». Y esto era por lo que suspi-

---

214 Cap. V, 22.

215 In orat.. funebri de obitu Valentiniani imperat., tom. V, et de fide resurrectionis.

216 Hebr. XI, 14.

raba el real Profeta: «¡Ay de mí que se ha prolongado mi destierro[217]¡». Y si esto decían, y deseaban aquellos Padres antiguos, con estar entonces cerrada la puerta del cielo, y no haber de ir luego allá: ¿qué será ahora que está abierta, y en estando el alma purgada, luego va a gozar de Dios?

CAPÍTULO XX.

De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente.

Para que mejor y con más perfección nos conformemos con la voluntad de Dios así en la muerte como en la vida, podremos aquí algunos motivos y razones por las cuales se puede desear el morir, para que escojamos la mejor. La primera razón por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida; porque, como dice el Sabio: Mejor es la muerte, que la vida amarga y trabajosa[218]». De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte y la piden a Dios, y lo pueden hacer sin pecado; porque al fin son tantos y tales los trabajos de esta vida, que es lícito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos

217 Psalm. CXIX, 5.

218 Eccli. XXX, 17.

porque Dios dio tantos trabajos a los hombres, fue porque no se casasen tanto con el mundo, ni amasen tanto esta vida; sino que pusiésemos nuestro corazón y nuestro amor en la otra, y suspirásemos por ella: adonde no habrá lloro ni dolor[219]». San Agustín dice, que Dios nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia quiso que esta vida fuese breve, y se acabase presto, porque es trabajosa; y que la otra que esperamos fuese eterna, para que el trabajo durase poco, y el gozo y descanso para siempre[220]. San Ambrosio dice: «Está tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, se la pidiéramos por misericordia y por remedio, para que se acabaran tantos males y trabajos[221]». Verdad es que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto, por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden a Dios la muerte con quejas e impaciencias. Mas si se la pidiesen con paz y con sujeción: Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido: no sería pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con más perfección, por no ver los trabajos de la Iglesia, y las ofensas continuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el profeta Elías, viendo la persecución de Acab y Jezabel, y que habían destruido los altares, y muerto todos los Profetas de Dios, y que

219 Apoc. XXI, 4.
220 Serm. XXXVII de Sancti.
221 Serm. sup. cap. VII Job.

andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podía él remediar, vase por esos desiertos, y sentándose debajo de un árbol, pidió para sí la muerte, y dijo: Bástame, Señor, lleva esta mí alma, pues no soy yo mejor que mis padres[222]». Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida para que no vea tantos males, ni tantas ofensas sus vuestras. Y aquel valeroso capitán del pueblo de Dios, Judas Macabeo, decía: «Más vale morir en la guerra que ver tantos males y tantas ofensas de Dios[223]», y con esto exhortaba y animaba a los suyos a pelear. Y del bienaventurado san Agustín leemos en su vida, que pasando los vándalos de España a África, destruyéndola toda, no perdonando a hombre, ni a mujer, ni a clérigos, ni a legos, ni a niños, ni a viejos, llegaron a la ciudad de Hipona, de donde él era obispo, y cercáronla en rededor con mucha gente; y viendo san Agustín tan gran tribulación, y las iglesias sin clérigos, y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez; y juntando a sus clérigos les dijo: Rogué al Señor que o nos librase de estos peligros, o nos diese paciencia, o me sacase de esta vida, porque no vea tantos males; y el Señor me ha otorgado lo tercero. Y luego enfermó al tercer mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro santo Padre Ignacio leemos en su vida otro semejante ejemplo. Esta es perfección de

222 III Reg. XIX, 4.

223 II Mach. III, 59.

Santos, sentir tanto los trabajos de la Iglesia y las ofensas que se hacen contra la Majestad de Dios, que no lo pueden sufrir: y así desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razón hay también muy buena y de mucha perfección para desear y pedir a Dios la muerte, que es por vernos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es que mientras estamos en esta vida no hay seguridad, sino que podemos caer en pecado mortal, y sabemos que otros más aventajados que nosotros y que tenían grandes dones de Dios, y que verdaderamente eran santos y grandes santos, han caído. Esta es una de las cosas que más hace temer a los siervos de Dios, y por la cual desean salir de esta vida. A trueque de no pecar, aun no haber nacido ni haber sido puede uno desear, cuanto más morir. Porque mayor mal es el pecado que el no ser; y mejor fuera no ser que haber pecado. «Mas le valiera a aquel hombre no haber nacido[224]». dijo Cristo nuestro Redentor del que le había de vender. Mas le valiera no haber nacido. Y san Ambrosio[225] declara a este propósito aquello del Eclesiastés: «Alabé más a los muertos que a los vivos: y por más dichoso que a esos tuve al que nunca nació[226]». Dice san Ambrosio: El muerto se prefiere al vivo, porque ya ha dejado de pecar: y al muerto se prefiere el que no ha nacido, porque nunca supo pe-

224 Matth. XXV, 24.
225 Serm. XVIII super Psalm. CXVIII.
226 Eccles. Iv, 2.

car». Y así será muy buen ejercicio, actuar muchas veces en la oración en estos actos: «Señor, no permitáis que me aparte yo jamás de Vos». Señor, si os tengo de ofender, llevadme luego antes que os ofenda; que yo no quiero la vida sino para serviros, y si no os tengo de servir con ella no la quiero. Este es un ejercicio muy agradable a Dios y muy provechoso para nosotros; porque aquí hay, ejercicio de dolor y aborrecimiento del pecado: aquí hay ejercicio de humildad aquí hay ejercicio de amor de Dios : aquí hay una petición de los más agradables que podemos pedir a Dios. De san Luis rey de Francia se cuenta, que le decía algunas veces su santa madre la reina doña Blanca: Querría, hijo mío, antes verte muerto delante de mis ojos que con algún pecado mortal. Y agradó a Dios tanto este deseo y esta bendición que le echaba, que se dice de él que en toda su vida no hizo pecado mortal. Eso mismo podrá ser que obre en vos ese deseo y petición.

Y más; no solo por evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no solo de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes que decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese, seria mártir[227]. Pues cierta cosa es que si vivimos habemos de hacer muchos pecados

227 Véase santo Tomás, 2, 2, q. 124, art. 5 ad 2.

veniales, pues siete veces caerá el justo[228]», quiere decir, muchas veces, y mientras más viviere, más veces caerá. Y no sólo por evitar los pecados veniales desean los siervos de Dios salir ya de esta vida, sino por verse libres de tantas faltas e imperfecciones y de tantas tentaciones y miserias como cada día experimentan. Dice muy bien aquel Santo[229]: «Ó Señor, ¡Y qué padezco cuando pensando en la oración cosas celestiales , se me ofrece un tropel de cosas carnales! ! Ay que tal es esta vida, donde nunca faltan tribulaciones y miserias! todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos: en partiéndose una tribulación viene otra, y aun antes que se acabe el combate de una sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida llena de tantas amarguras, sujeta a tantos casos y miserias? ¿cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias?» De una grande Santa se lee que solía decir , que si pudiese escoger alguna cosa, no escogerla otra sino la muerte. Porque por medio de ella el alma se halla sin temor de nunca más hacer cosa que sea impedimento del puro amor. Y aun parece de más perfección el desear salir de esta vida por evitar los pecados veniales y las faltas e imperfecciones, que por evitar los mortales; porque eso de los mortales puede ser que lo haga uno más por temor del infierno, y por su propio amor y provecho, que por amor de Dios: mas tener tanto amor de Dios

228 Prov. XXIV, 16.

229 Thomas de kempis.

que desee la muerte por no hacer pecados veniales ni faltas e imperfecciones; es gran pureza de intención y cosa de grande perfección.

Pero dirá alguno: por satisfacer por mis culpas y defectos deseo yo vivir. A esto digo, que si viviendo más desquitásemos siempre de lo pasado y no añadiésemos nuevas culpas, bueno seria eso; pero si no solo no desquitas sino añadís, y mientras más vivís tenéis más de qué dar cuenta a Dios, no será esa buena respuesta. Dice muy bien san Bernardo: «¿Por qué deseamos tanto esta vida, en la cual cuanto más vivimos tanto más pecamos[230]?» Y san Jerónimo en la carta a Haeliodoro, dice: ¿qué diferencia pensáis que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo, sino que el viejo va más cargado de pecados que el mozo, y tiene más de que dar cuenta a Dios? Y así toma san Bernardo otra resolución mejor en esto, y dice con su mucha humildad unas palabras que las podemos nosotros decir con más verdad: Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo de morir porque no estoy preparado; pero con todo eso, más quiero morir y encomendarme a la misericordia de Dios pues es benigno y misericordioso, que escandalizar a mis hermanos con mi vida tibia y floja[231]». Esta es buena resolución. El Padre maestro Ávila decía, que cualquiera que se hallase con mediana disposición, debía antes desear la muerte que la vida, por razón

230 Cap. 2 Meditat.

231 S. Bern., de la casa interior, cap. 50.

del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte. Dice san Ambrosio[232]: «¿Qué es la muerte, sino sepultura de vicios y resurrección de virtudes?».

Todas estas razones y motivos son buenos para desear la muerte; pero el de más perfección, es el que tenia el apóstol san Pablo por verse ya con Cristo a quien tanto amaba. Tengo deseo de ser desatado de la carne, y estar con Cristo[233]». ¿Qué decís, san Pablo? y ¿Por qué deseáis ser desatado del cuerpo? ¿Por ventura por huir los trabajos? No por cierto, que antes «esa es mí gloria[234]». Pues ¿por qué? ¿por huir los pecados? Tampoco. Estoy cierto que ni la muerte ni la vida... podrá apartarnos del amor de Dios». Estaba ya confirmado en gracia y sabía, que no podía perderla; y así no tenía que temer eso. Pues ¿por qué deseáis tanto la muerte? Por verme ya con Cristo: de puro amor la deseaba: porque desfallezco de amor[235]». Estaba enfermo de amor, así suspiraba por su amado; y cualquier tardanza se le hacía larga para gozar de su presencia. San Buenaventura[236] pone este por último grado de amor de Dios, de tres que pone. El primero es amar a Dios sobre todas las cosas, amando de tal manera las cosas del mundo, que por ninguna de ellas hagamos un pecado mortal ni quebrantemos ningún mandamiento de Dios, que es lo que dio Cristo nues-

232 De bono mortis, cap. 4.
233 Philip. I, 23.
234 Rom. V, 3.
235 Cant. II, 5.
236 Process. 6 relig. cap. 11, 12, 13.

tro Redentor a aquel mancebo del Evangelio: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos[237]». Esto conviene a todos. El segundo grado de caridad es, no contentarnos con guardar los mandamientos de Dios, sino añadir los consejos, que es propio de los religiosos que no solamente procuran lo bueno, sino lo mejor y más perfecto; conforme aquello de san Pablo: Para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta[238]». El tercer grado de caridad, dice san Buenaventura, es «cuando está uno tan encendido y abrasado en amor de Dios, que le parece que no puede vivir sin él»; y así desea verse ya libre y desatado de la cárcel de este cuerpo, para estarse con Cristo: está deseando que se le alce ya este destierro, y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que está delante y nos impide el ver a Dios. A estos tales la vida, dice, les es impaciencia, o por mejor decir es fastidio, y la muerte es ardiente deseo.

De nuestro santo Padre Ignacio leemos en su vida, lib. V, c. 1, que era ardentísimo el deseo que tenía de salir de esta cárcel y prisión del cuerpo, y que suspiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podía detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban. Pero dícese allí, que no ardía en este deseo tanto por alcanzar para sí aquel sumo bien y descansar él con aquella dichosa vista,

---

237 Matth. XIX, 17.

238 Rom. XII, 2.

sino mucho más por desear ver la gloria felicísima de la sacratísima, humanidad del mismo Señor, a quien tanto amaba. A la manera que suele acá un amigo gozarse de ver en gloria y honra al que ama de corazón: de esa manera deseaba nuestro santo Padre verse con Cristo, olvidado de su interés y descanso por puro amor. Deseaba estarse gozando y regocijando de la gloria de Cristo, y dándole el para bien de ella, que es el más alto y perfecto acto de amor que podemos tener.

De esa manera no sólo no nos será amarga la memoria de la muerte, antas nos dará mucho contento y alegría. Pasad un poco más adelante y considerad que de aquí a pocos días estaréis en el cielo gozando de lo que ni ojo vio, ni oreja oyó, ni puede caer en entendimiento de hombre; y todo se os convertirá en gozo y regocijó. ¿Quién no se alegra de que se acabe el destierro, y se dé fin al trabajo? ¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir ya su último fin, para que fue criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesión de su herencia, y tal herencia?

Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del cielo: «Cuando diera sueño a sus amados: e aquí la heredad del Señor[239]». No podemos entrar en la posesión de aquellos bienes eternos, si no es por medio de la muerte; y así, dice el Sabio, «que el justo espera en su muerte[240]», porque ese es el medio y el

239 Psalm. CXXVI, 3.

240 Prov. XVI, 32.

escalón para subir al cielo y así ese es el consuelo en este destierro. «Tañeré salmos y entenderé en el camino sin mancilla, cuando vengáis a mí[241]». Así declara san Agustín este lugar[242]: Mi atención y deseo, Señor, es conservarme sin mancilla toda la vida, y con este cuidado andaré siempre cantando, y la letra de mi canción será: ¿cuándo se alzará, Señor, este destierro? ¿Cuándo vendréis por mí? ¿cuándo iré yo, Señor, a Vos? «¿Cuándo me veré, Señor, con Vos? ¡Oh cómo se tarda ya esta hora[243]!» ¡Oh qué contento y alegría será para mí, cuando me digan que se llega ya! «Me he alegrado en esto que se me ha dicho: A la casa del Señor iremos. Nuestros pies estarán en tus atrios, Jerusalén[244]». Ya me imagino como de pies allá en compañía de los Ángeles y de aquellos bienaventurados, gozando de Vos, Señor, para siempre jamás. Amen.

CAPITULO XXI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Simeón Metafraste en la vida de san Juan Limosnero, arzobispo de Alejandría, que un hombre

---

241 Psalm. C, 2.
242 Tract. IX super epist. Joan.
243 Psalm. XLI, 3.
244 Ibid. CXXI, 1, 2.

tenía un hijo que amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oración por él, y dióle mucha cantidad de oro que distribuyese en limosna a pobres por esta intención. Lo hizo así el Santo, y al cabo de treinta días el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oración y limosna que por él se había hecho, había sido en vano. Y sabiendo el Patriarca su tristeza, hizo oración por él pidiendo a Dios que le consolase. Oyó Dios su oración y envió una noche un santo Angel del cielo que apareció al hombre, y le dijo que supiese que la oración que por su hijo se había hecho, Dios la había oído, y que por ella su hijo estaba vivo y, salvo en el cielo. Y que le convino morir en el tiempo que murió para salvarse; porque si viviera había de ser malo, y se había de hacer indigno de la gloria de Dios. Y díjole más, que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida vienen sin justo, juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean a los hombres ocultas: y que por esto el hombre no debe dar lugar a tristeza desordenada, sino recibir con ánimo; paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso del cielo quedó el padre del hijo difunto consolado y animado a servir a Dios.

En el lib. II, c. 12 de la Historia Tebea se cuenta una singular merced que hizo san Mauricio, capitán que fue de la legión Tebea, a una señora muy devota. Tenía esta un hijito sólo, el cual, para que con tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de su tierna

edad lo consagró en el monasterio de san Mauricio , debajo del cuidado y gobierno de los monjes como se acostumbraba en aquellos tiempos, y lo hicieron sus padres con Mauro y Plácido y otros algunos nobilísimos romanos, en tiempo de san Benito, y muchos años después, con santo Tomás de Áquino en el monasterio de Monte Casino, su madre Teodora y sus hermanos los condes de Aquino. Crióse en el monasterio este único hijo de esta señora, en las letras y costumbres y en la disciplina monástica muy bien, y ya en el coro juntamente con los monjes había comenzado a cantar suavísimamente. Pero sobrevínole una calentura pequeña, de la cual murió. Vino la desconsolada madre a la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura. Pero no bastaron las muchas lágrimas a templar el dolor de la madre, ni para que dejase de ir cada día a la sepultura a llorarle sin tasa, y mucho más cuando al tiempo que se decían los divinos oficios se acordaba que estaba privada de oír la voz de su hijo. Perseverando la señora en este triste ejercicio no solamente de día en la iglesia, sino también de noche en su casa sin poder reposar; vencida una vez del cansancio se quedó dormida y en este sueño se le apareció el santo capitán Mauricio, y le dijo: ¿Por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hijo, sin poder poner fin a tantas lágrimas? Respondió ella: No son poderosos todos los días de mi vida a dar fin a este mi llanto; y por esto mientras que viviere lloraré siempre a mi

único hijo, ni cesarán estos ojos míos de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre, y aparte de este cuerpo esta ánima desconsolada. Replicó el Santo: Dígote, mujer, que no te aflijas ni llores más el hijo muerto, como si muerto fuese, porque no está muerto sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida. En señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana a los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monjes que cantarán el divino oficio; y no solamente la gozarás mañana, pero todas las veces que te hallares presente a los divinos loores en la iglesia. Cesa, pues, ya y pon fin a tus lágrimas, teniendo antes ocasión de grande alegría que de tristeza. Despertando la mujer, esperaba con deseo la hora de los maitines por enterarse de la verdad, quedándole todavía alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora y entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la antífona la voz suavísima del bienaventurado hijo, y segura ya de su gloria en el cielo, desechando de sí todo el dolor, dio infinitas gracias a Dios, gozando de ella cada día en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta oración, y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor[245], que andando un día a caza un caballero, salió una fiera, y fue en su seguimiento sin solo un criado, porque los demás andaban ocupados en matar otras fieras. Y como la siguiese con gran

245 Flores de Enrique Gran, lib. IV, núm. 68.-

codicia, alejóse mucho y llegó a un bosque donde oyó una voz humana y harto suave. Maravillóse de oír en un desierto tal voz, porque le parecía que no podía ser de sus criados ni aun de otra persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquella, entró por el bosque adentro, y halló un leproso espantoso en la vista y muy asqueroso, el cual tenía tales sus carnes, que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado; empero, tomando fuerzas y osadía, se llegó a él y le saludó con palabras muy dulces, y le preguntó si era él el que cantaba, y que de dónde le había venido tan dulce voz. Respondió el leproso: Yo, señor, era el que cantaba y tengo esta voz propia mía. ¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores? Respondió el pobre: Entre Dios mi Señor y mí no hay otro medio sino esta pared de lodo que es este mi cuerpo, y este rompido, y quitado este impedimento, iré a gozar de la visión de su Majestad eterna. Y como veo que cada día se va deshaciendo a pedazos, me gozo y canto con una alegría extraña de mi corazón, aguardando, como aguardo, el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje no puedo ir a gozar de Dios, fuente viva donde se hallan los manantiales que duran para siempre.

San Cipriano, en el lib. de Mortalitate, cuenta de un obispo que como estuviese en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase a Nuestro Señor que le

alargase la vida; aparecióle un Ángel en figura de un mancebo muy hermoso y resplandeciente, y con voz grave y severa le dijo: «Por una parte teméis el padecer en esta vida, y por otra no queréis salir de ella; ¿qué queréis que os haga?» dándole a entender, que no agradaba a Dios aquella repugnancia de salir de esta vida. Y dice san Cipriano que le dijo el Ángel estas palabras, para que en su agonía las dijese y enseñase a los demás.

Cuenta Simeón Metafraste y tráelo Surio, t. I, fol. 237, del santo abad Teodosio, que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte, queriendo con esto dar ocasión a sus discípulos para su aprovechamiento, hizo que abriesen una sepultura, y abierta púsose con sus discípulos al rededor de ella y díceles: Ya está abierta la sepultura, pero ¿quién de vosotros ha de ser el primero a quien habemos de celebrar aquí las honras? Tomó la mano uno de sus discípulos llamado Basilio, que era sacerdote y de grande virtud, y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría, e híncase de rodillas y dícele: Bendíceme, padre, que yo seré el primero a quien se han de hacer aquí los oficios de Requiero. El lo pidió y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio que se le hagan en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos. El primer día, el tercero, el novenario y después otras honras a los cuarenta días. ¡Cosa maravillosa! al fin de las honras y oficio de los cuarenta días, estando el monje Basilio sano y bueno,

sin calentura, ni dolor de cabeza ni otro mal alguno, como a quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor a recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que había deseado verse ya con Cristo nuestro Redentor. Y para que se vea cuánto agradó a Dios esta prontitud y alegría con que este santo monje deseó salir de esta vida, a este milagro se siguió otro. Dice Simeón Metafraste que por otros cuarenta días después que murió, le vio el abad Teodosio que cada día venía a las vísperas y cantaba en el coro con los demás discípulos, aunque los demás no le veían ni le oían cantar, sino solo uno que era entre los demás muy señalado en virtud, llamado Aecio: este le oía cantar, pero no le veía. Y fuese al abad Teodosio y dícele: Padre, ¿no oyes cantar con nosotros a nuestro hermano Basilio? Respondió el Abad: Óigole y véole, y si quieres yo haré que tú también le veas. Y juntándose otro día en el coro a los oficios, vio el abad Teodosio al santo monje Basifo cantando en el coro con los demás como solía, y muéstrasele con el dedo a Aecio, haciendo juntamente oración, pidiendo a Dios que abriese los ojos de aquel monje para que él también le viese. Y como le vio y conoció, vase luego a él corriendo con grande alegría para abrazarle; pero no le pudo coger, antes desapareció luego diciendo en voz que todos le oyeron: Quedaos con Dios, padres y hermanos míos, quedaos con Dios, que de aquí adelante no me veréis.

En la Crónica de la órden de san Agustín, centuria 3, se cuenta de san Columbano el mozo, sobrino y discípu-

lo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas y llegase a la muerte, y él lleno de grande esperanza desease morir, aparecióle un mancebo resplandeciente y díjole: Sábete que las oraciones y lágrimas que tu Abad derrama por tu salud, impiden que no salgas de esta vida. Entonces querellóse el Santo amorosamente a su Abad, y llorando le dijo: ¿Por qué me fuerzas a vivir tan triste vida como esta y me impides ir a la eterna? Con esto el Abad cesó de llorar y orar por él, y así juntándose los religiosos, y recibiendo los santos Sacramentos, y abrazándole todos, murió en el Señor.

San Ambrosio, de fide resurrección., refiere de los de Tracia, que cuando nacían los hombres lloraban, y cuando se morían hacían gran fiesta. Lloraban los nacimientos, y celebraban y festejaban el día de la muerte, pareciéndoles, y con mucha razón, dice san Ambrosio, que los que venían a este mundo miserable lleno de tantos trabajos eran dignos de ser llorados, y que cuando salían de este destierro era razón hacer fiestas y alegrías, porque se libraban de tantas miserias. Pues si aquellos siendo gentiles y paganos, y no teniendo conocimiento de la gloria que esperamos, hacían esto, ¿qué será razón que sintamos y hagamos los que ilustrados con la luz de la fe, sabemos los bienes que van a gozar los que mueren en el Señor? y así con mucha mayor razón dijo el Sabio, que es mejor el día de la muerte que el día del nacimiento[246]».

---

246 Eccles. VII, 2